

Actual (Mérida) (29): 121-142,  
Mayo - Agosto 1994.

## EL MUNDO Y EL YO EN LA POESIA DE DIONISIO AYMARA

---

Lubio Cardozo

---

«No somos dueños sino de nuestra aventura»  
D.A.

Comienza a dar a conocer sus versos Dionisio Aymará a mediados de la década del cincuenta. A lo largo de sus dieciseis poemarios hasta el presente (1993) el escritor ha movido su inquisitivo yo como un desesperado y apasionado peón en el tablero del mundo. Con monólogos y diálogos dejando va su testimonio de existir y en el cual rielan de manera patética su nunca perdido asombro ante la avasallante realidad, su exaltación del ego, su ético acercamiento a la historia y sobre todo a Bolívar, sus múltiples apoyos en la noche, la fuerza santa de la ira, su dolor por la destrucción social nacida del lado persistente de la irracionalidad humana. Ha caminado en el tiempo su elocución lírica desde una poesía adjetival, preocupada por la musicalidad, por el ritmo —la *vocalitas*—, por los efectos calológicos, donde sus preocupaciones armonizaban con la artísticidad de las composiciones, hasta una expresión nominal substantiva, sometida ahora la palabra a humilde soporte de las ideas, de las afirmaciones conceptuales, de las acusaciones enardecidas, de la exasperación.

Actual 121

## VISIÓN LÍRICA DEL DESLUMBRAMIENTO DEL MUNDO

Revela en su primer poemario, **Mundo escuchado** (1956), Dionisio Aymará con hermosa ingenuidad su anonadamiento ante la soberbia realidad. La maravilla de lo bello o lo incomprensible del sufrimiento, la fenomenología material de la naturaleza o las invisibles presencias de la angustia, la soledad, el odio, le arrancan gritos líricos dispuestos en apretujados versos. Libro primigenio, de fuerza elocutiva lleno, en el cual se siente la sorpresa del vate frente al prodigio del mundo y a su vez el desconcierto ante sus múltiples retos. Se sitúa el bardo desde una valiente concepción materialista del orbe.

(...)

«Sin embargo, aún nos queda en la voz  
un gozo trémulo  
para cantar la hermosa presencia de la tierra  
fecundada y nutrida por el hombre,  
edificada en sombras por el hombre  
y por el hombre alzada  
en cenizas y lágrimas y arcilla de esperanza,  
en pura sangre suya construida».

(...)

(«LA ETERNIDAD, EL HOMBRE»)

Se concibe, cual humano, el fruto privilegiado en el reino de las cosas y además su conciencia más lúcida. En este diálogo de virgen pensamiento sorprendido y universo envolvente aflora de manera desordenada abundancia de señalamientos los cuales desbordan el equilibrio escritural, la tumultuosidad romántica impregna un sabor de confusión en las composiciones. Corre el riesgo de quedar sepultado lo calológico por el abigarramiento de ideas, de planteamientos. Uno no ve con claridad en ese primer texto de Dionisio Aymará las rutas líricas futuras del vate. Como su título lo dice, mundo escuchado, el escritor oye con el alma, admirado, la abrumadora presencia de las cosas y apenas pareciera disponer de

espacio para cantarla. Por eso su voz resulta robusta pero perturbada. Bueno, el poeta apenas se inicia en ese mester sagrado. **Clamor hacia la luz** (1959) comprende veintisiete composiciones venustas, patéticas, recias, y todas, con excepción del impecable «AUTORRETRATO», arman un canto al mundo, a la naturaleza, a la noche del orbe. Esta concepción del hombre como consciencia, luz del universo se hace aún más evidente en los poemas paradigmáticos «INVITACION AL CANTO», «ESTANCIAS AL OIDO DE LA NOCHE», «ORIGEN Y ELEGIA», «EN VANO, TODO EN VANO?», «CANTICO PARA OLVIDAR LA MUERTE» y «CLAMOR HACIA LA LUZ». Preséntase al ser humano como testigo eufórico de la prodigiosa existencia, don nacido de la estancia absoluta de Dios, pero ahonda el poeta en la estructura profunda de la realidad social y cósmica y descubre las fuerzas secretas de éstas: la agregativa, resplandeciente, aglutinante del amor, y la destructiva, digregativa del odio. Y como el hombre, carne sideral al fin, no podría escapar a estas energías tumultuarias de la naturaleza, de allí la alacridad de la pasión y la terribilidad del dolor. Recuerda este bucear poético en el sentido de la tierra total al filósofo presocrático Empédocles. Ante la misma sorpresa del fausto del orbe, de idénticas interrogantes, iguales respuestas y por eso la coincidencia notable entre este opúsculo de Aymaré y el **Poema de la Naturaleza** del presocrático agrigentino. También en ambos los cuatro elementos sustentadores de la materia/espíritu: el agua, el fuego, el aire y la tierra con su torbellino de entrecruzamientos para construir el universo movidos por las energías divinas del amor y el odio. No obstante en el ámbito de lo humano este poder amor/odio trastruécase en valores éticos: las causas reales de lo bueno y de lo malo, de la dicha o la infelicidad individual y colectiva. Por ejemplo, escribió Empédocles en una parte del fragmento 17 de su **Poema**.

(...)

«Y alternándose estos procesos  
nunca descansan de repetir sus intentos:

que unas veces  
por Amor convergen en Uno todas las cosas,  
mientras que otras veces  
por odio de Discordia cada una diverge de todas»  
(...)

Ritma con él Dionisio Aymará cuando dice:

(...)  
«Posiblemente todo lo hemos sido algún día,  
en algún sitio, alguna vez lejana:  
conmovida ceniza, ámbito ciego,  
sangre  
sobre muros y puertas  
y sin embargo, cuánta lumbre ganada  
para el amor y cuántas  
soledades perdidas en la noche del odio».

(«CANTICO PARA OLVIDAR LA MUERTE»).

Y sobre los cuatro elementos empedocleanos,

(...)  
«Es la vida que alienta innumerable  
en el maíz lo mismo que en el rudo labriego.  
La vida que propaga su espíritu y su fuerza  
a minerales y hombres.  
Son la tierra y el aire.  
Son el fuego y el agua».

(«CLAMOR HACIA LA LUZ»)

Subyace, aunque ostensiblemente, en el trasfondo de esta venusta visión materialista/espiritualista del mundo, una serie de señalamientos éticos cuya prédica no traduce otra cosa sino librar la dignidad humana del naufragio de todas las historias, desde la soledad fruto de la incomunicación social, del sufrimiento hasta la

expresión más terrible de la irracionalidad como lo significa la guerra nuclear. Mas la fe del bardo en el arcano imperio del amor en la naturaleza y en el hombre hácele concebir allí, empedocleámente, la clave de toda salvación,

(...)

«Después del cataclismo:  
viento cruel que arrancó los cabellos  
de todas las mujeres  
viento sordo, implacable,  
llamas ciegas, voraces,  
que destruyeron con idéntica furia  
la madera y el hierro,  
y después de la luz cegadora  
que marchitó los ojos tempranos de los niños  
y los ojos del hombre desolados y mudos,  
todavía crecen, sin embargo,  
el sol y las espigas  
y los caminos llegan a las mismas aldeas  
y en los aeropuertos hay adioses y lágrimas».

(«CLAMOR HACIA LA LUZ»)

Replantéase esta percepción lírica del deslumbramiento del mundo en su complejo libro **Aconteceres del alucinado** (1964). Reclama el escritor su condición de vate, alucinado, vaticinador, privilegiado y excluido del entorno humano cotidiano pero lo cual le otorga toda la libertad de señalar la verdad, descubrir el horror, de adivinar y cantar su aproximación a los misterios a los cuales lo lleva su intuición intelectual.

«Alucinado yo también busco ahora  
la puerta que conduce a la luz»  
(...)

(«SOLO PREGUNTAS»)

Bajo la asunción mística de su posición de vidente el bardo discurre por todos los recovecos de los meandros de la vida para terminar sacudido ante el portento del universo, la naturaleza, la noche, con los cuales fusionase, se identifica mediante la energía poética para retornar como quien desciende de un trance mediúmico con sus odas testimoniales de esta experiencia, como en «PALPITACIONES», dirá,

«Hay ciertas horas de terrible hermosura  
en que la tierra  
el universo  
todo  
nos pertenece  
todo  
tiene la claridad de nuestros ojos la forma cóncava  
de nuestras manos  
(...)  
(Los árboles,  
el aire entonces  
las invisibles lámparas  
todo palpita con el único corazón que habitamos).»

Se cruza por una placiente aventura mística al transitar por las páginas de **Aconteceres del alucinado**. Mantiénese el libro de un zig-zag revelador y acusador, ascenso amoroso a los astros y descenso doloroso a la tierra; hay un dejo de alusión a la torpeza humana, impedidora de construir la felicidad pese el reto de lo exiguo de los días de la existencia; priva por el contrario la incapacidad de entender el infinito llamado celeste. Vaya por caso su composición «ABSURDA CONTIENDA».

«Cuando terminan mis trabajos  
de cada día  
toco el maravillado  
límite de ese mundo  
nutrido de savias celestes  
donde mi corazón anda a su arbitrio

bebe en la cuenca de su mano  
el agua de la noche  
y establece en sus dominios  
la tristeza o la dicha que reinan  
alternativamente  
sobre la eternidad menguada del deseo  
más allá de la absurda contienda  
que mancha de sangre los trajes cotidianos».

## DESCUBRIMIENTO, EXPANSIÓN Y EXALTACIÓN DEL YO LÍRICO

A partir de **El corazón como las nubes** (1959) y **Horario de vigilia** (1960) el poeta introduce otras cogitaciones en el conjunto de sus preocupaciones estéticas, sobre todo comenzará a cantar su descubrimiento del yo lírico en medio del bosque de la sociedad, las ciudades, los paisajes del entorno humano, los otros. Desde el centro de estos círculos, por su misma condición de ser privilegiado de la sensorialidad, el vate emite resonancias interesantes de la intrincada situación humana en su tiempo colocada en la encrucijada de los afectos, del dolor, del egoísmo, del sacrificio, de los pesares. No son composiciones del yo narciso, del espejo de sí mismo sino todo lo contrario: del yo espejo del hombre contemporáneo, como escribirá en **Horario de vigilia**,

(...)  
«Yo extraviado en los laberintos de la noche  
yo ciego  
yo herido mortalmente  
tristísimo como un reptil  
me arrastro  
como un ebrio que ha perdido las llaves  
me quedo bajo la lluvia tambaleando  
mirándome las manos  
vacías como nunca» (...)

(«VIGILIA»)

Ante los otros el bardo se constituye en su voz, en su testigo, en víctima dispuesta al sacrificio de la palabra. Pequeño profeta él habla con unción por todos desde el epicentro de la aflicción y de la soledad, excreciones oscuras brotadas del inmoderado, del excesivo desentenderse los unos de los otros. Asume las lágrimas de todos el poeta, ese insomne testificante, en perenne vigilia como un faro encendido a toda su plenitud luminosa en medio de las tinieblas de las horas de Dionisio Aymará,

(...)

«Soy éste que deambula  
por calles sórdidas por superficies  
desoladas  
Soy éste que en sus palabras esconde  
más miseria  
más llanto  
que los mendigos  
de todas las ciudades»  
(...)

(«LLAMAMIENTO AL AMOR»)

Este alucinado descubrimiento del yo poético en medio de la eterna tempestad de la vida logra los mejores momentos calológicos de la escritura en **Horario de vigilia** (del cual se han tomado los anteriores fragmentos) pero su explosión y expansión con inaudita euforia registrado quedó en **Escrituras terrestres** (1967). Acá la mirada del vate con singular recitura explora todos los rincones de la intimidad, por todos los espacios del laberinto de las vivencias, deglute con su onda comunicativa aquéllas referidas al enmarañado mundo de la personalidad, al amor, a la pasión de existir, a la belleza de los días, a la noche, a la tristeza, a la muerte, a toda esa gama de sucesos capaces de alimentar la erradumbre del poeta. Verdadero holgorio del yo con su circunstancia, poetización de las experiencias, exaltación del automito.

«Sobre la proa de mi nave  
brilla bajo la luna  
mi osamenta

Ahora soy yo solo mi sombra  
y nadie más  
No atiende otra llamada  
no busco otra canción ni sigo huellas  
(...)  
Sonando mi acordeón de recuerdos  
ebrio de uvas ardientes  
sigo mi ruta y ya fuera de mí  
como el loco que se hunde  
en la profunda claridad de la noche  
vuelvo mi rostro al mar donde la música  
se mezcla con las olas  
donde con sal se cubre toda imagen  
y soy de nuevo el que navega y canta»  
(...)

(«CANTICO DEL NAVEGANTE»)

Libro disímil en sus niveles calológicos pero donde rielan por su virtuosismo de trovador composiciones como, entre otras, «UNICO ROSTRO», «LA BUSQUEDA», «AHORA Y SIEMPRE», «ELEGIA», «VAMONOS YA». Mas de nuevo en **Aprendizaje de la muerte** (1978) el poeta torna con angustia, con desesperación, a su ego como un centro relativamente firme, opuesto a la certeza de la muerte. Permite el bardo en estos poemas fluir las palabras cargadas de emoción artística. La erradumbre de su yo, peregrino por el rutilante territorio de los días, en su intenso deglutir de vivencias y experiencias, se remansa en estrofas trabajadas con exigencia para lograr un lirismo de alta venustez.

«Los que me dieron este júbilo,  
esta ebriedad de vivir,  
de ser inmensamente como el aire lleno de ojos

que saben palpar la suave piel,  
las misteriosas superficies,  
las cavidades donde crece la luz entre raíces  
(...)  
me dieron también una fuerza, una ira secreta  
para hacer frente  
al dolor y me dieron también  
la cantidad de sueños que se requiere  
para sobrellevar este tristísimo metal,  
esta materia,  
palpitante sarcófago al que me ataron para siempre;  
me dieron este dolor y esta alegría  
y este desgarramiento de ser  
y de decirlo a gritos, a aldabonazos de silencio  
contra las puertas de la muerte» (pp. 21-22)

Establece a lo largo del libro un pugilato de sombras entre el yo lírico, sus vitales ideas, y la muerte, llámese tal, llámese nada

(...)  
«como si tú, la que he amado,  
fueras un bello espacio  
de nada recorrido por mis besos  
hechos también de nada,» (p. 49).

Tejiendo va un laberinto de inquirimientos el bardo como para extraviar la muerte, pero en el fondo todo ello, los veintitrés poemas, apenas pueden escribir un conjuro para aplacarla y cambiarla, metafóricamente, por la paz, la quietud, el silencioso fin,

(...)  
«contra el enorme cero que en algún punto del espacio  
me espera  
nos espera». (p. 90)

## EL PATHOS CÍVICO

Ha derivado parte de su actividad creativa Dionisio Aymará hacia composiciones de carácter cívico. Significa la ofrenda de todo buen bardo a su tierra, a su sociedad, a sus héroes. Tan antiguo como la lírica occidental el poema cívico se remonta a los elegíacos y yambógrafos arcaicos griegos quienes exaltaban la *eunomía* (buen gobierno), condenaban la *hybris* individual o colectiva, e invocaban para los trasgresores del orden social la *ate* (el castigo, el infortunio); recuérdense las elegías de Solón (640-558 a.C.) Hay en Venezuela una tradición de poesía lírica consagrada al pathos cívico: Bello, Baralt, Cecilio Acosta, José Vicente Nucete, Amenodoro Urdaneta, Elías Calixto Pompa, José Tadeo Arreaza Calatrava, Ramón Palomares, entre algunos otros más, la han cultivado. Levantará Aymará sus elegías en la misma habitud nativa, con igual tesitura suma sus estrofas a la de los bardos mencionados; sus poemas a Bolívar: «ODA AL HEROE EN SU TRANSITO» (**Horario de vigilia**), «SIMON BOLIVAR» (**Todo lo iracundo**, 1975) y **Escúchanos Libertador** (1961) portan una escindida carga emotiva, de glorificación al Padre de la Patria y de recriminación al entorno humano de América Latina el cual no ha sido capaz de elevar el Continente a la altura de lo señalado por el Héroe, de su sacrificio, de su moralidad, de su dignidad, de su reto.

Ubicaríase en semejante tonalidad cívica su composición «ESTE FUEGO DE AMERICA» (**Horario de vigilia**), para en fatigados versos expresar,

(...)

«Aquí nacimos

es decir

nos dejaron inmensamente solos

bajo los soles iracundos del trópico

en los quemantes cráteres de la noche.

(...)

De la encendida sangre de América

se nutren  
nuestras raíces ávidas.

Del barro  
de la sangre de América  
nacieron la soledad y la esperanza».  
(...)

## LA NOCHE: UN APOYO SEMÁNTICO MÚLTIPLE

Aparece con sorprendente frecuencia la palabra noche en las composiciones de Dionisio Aymará, funciona en su escritura como un apoyo semántico de múltiples referencias y en diversas situaciones fabulescas, mas no debe confundir al lector la variación de su uso, no indica ni facilismo expresivo ni comodín de ninguna especie, porque todas las «noches» de este bardo parten de un hontanar común, de ascendencia romántica. Posee para Aymará su sibilina noche ensambladura de metáfora, traduce ésta el arcano de la naturaleza. Pertenece al sistema planetario la luz, pero la noche revela el ropaje del universo y además amenaza reinar después de la muerte. Para Aymará como para F.G.J. Schelling lo natural y lo espiritual están fusionados e identificados y con esta compleja substancia se han hecho todos los fenómenos del mundo real («La naturaleza es el espíritu visible, y el espíritu la naturaleza invisible», Schelling, **Ideas para una filosofía de la naturaleza**, 1798). Significa el hombre el fruto más acabado de la naturaleza conocida y sobre él se da la evolución subjetiva de la moralidad y el arte donde priva la espiritualidad. Muévase todo ello en un escenario iluminado por el sol, pero alrededor de todo priva la noche, no sólo la noche física sino también la del dolor, el sufrimiento, la soledad, los mil pesares agobiantes de lo humano. Desplázase por ello la dialéctica metafórica de este poeta entre la luz (la vida hermosa, plena) y la noche. Su camino para este indicio no ha sido otro sino la intuición intelectual, ese saber espontáneo, arribado desde las profundidades de la psique, o como escribió

Schelling, (...) «un saber absolutamente libre, (...) un saber al que no se llega por ninguna clase de pruebas, deducciones ni mediaciones de conceptos en general; dicho en otros términos y de un modo general, una intuición» (...) (**Sistema del idealismo trascendental**, 1800). Se comunicará la síntesis de esta contradicción de la dialéctica metafórica de luz (vida) y noche en el poema, en la obra lírica de Dionisio Aymar. Léase, por ejemplo, su «SONATA DE LA NOCHE»,

«Acércate al candor de la noche,  
al aire  
que acaricia los ojos de las constelaciones.  
Mira crecer el horizonte  
del nardo, más allá de su perfume.  
Bebe el zumo del silencio  
y escucha.  
Los mundos invisibles  
donde se buscan sin cesar nuestros espíritus  
flotan entre dos filas  
de árboles, casi a ras del planeta.  
Esta es la noche en que podríamos  
amar o morir de la misma manera,  
como si recobráramos de golpe  
todo el gozo perdido.  
Esta es la noche terrible y hermosa  
como todas las que se hundieron  
en su sombra,  
en su fábula.  
Esta es la noche  
sólo parecida a sí misma.  
Quien ha amado una vez llevará toda la vida  
su imagen, su rumor bajo la frente»

Si la sonata musical es una estructura para uno o dos instrumentos, cuyos movimientos —allegro, scherzo, rondó, etc.— armonízanse en un cuerpo sonoro de equilibradas partes, portador de intensas ideas melódicas y para cuya realización precísase de

altas dotes composicionales donde se concierten los pensamientos sinfónicos para lograr en su relativa concisión un objeto de belleza, vehículo indiscutible de enaltecimiento espiritual, así también esta concepción de la sonata se traslada a la poesía y presta de aquella por lo menos su intencionalidad, su sensación, su modelo y su imagen. Esa estructura, pues, donde se demuestra un virtuosismo composicional, en la cual la arduidad de la construcción no entraba la diafanidad estética, y la brevedad pareciera un ingrediente de lo calológico, le ha servido a Dionisio Aymará para modelar sus **Sonatas** (1963). Poemas de una vehemente serenidad, de una comedida transparencia, troquelados en una sola pieza estrófica cada uno, donde no contradice la profundidad lo grácil, hilvanados por bien pensados versos predominantemente cortos. Comprende diecisiete «Sonatas» y en cada una desarróllase la carga semántica de un sustantivo, pero desde las perspectivas de las vivencias del vate: la noche, la pasión erótica, la ciudad natal (San Cristóbal), los ojos, la ausencia, el mar, las lágrimas, la memoria, la muerte, el tiempo,

(...)

«El tiempo hunde sus cascos  
en la nieve, en la piel.

Pero no pasa. Sólo  
nosotros somos semejantes  
a nubes,  
a fugaces palabras.

Sólo nosotros somos como el aire:  
pasamos,»

(...)

(«SONATA DEL TIEMPO»)

Entre la noche, ese arcano pariente de lo infinito, y el bardo —vaticinador, augur, vidente— establécense unas reflexiones dialógicas donde ella opone, ofrece su majestad, frente a la pequeñez llena de soberbia, de hybris, de lo humano cotidiano; el fruto de estas indagaciones el poeta lo traduce en ese largo, variado, rico,

poema titulado **Viendo la noche** (1965). Crónica lírica de los avatares del hombre contemporáneo,

«No somos sino los hijos de este tiempo»

con sus infortunios, su soledad, sus desaforadas ambiciones, sus guerras hecatómbicas, sus enfermedades, sus miserias; y donde la posibilidad de salvación sólo en el amor reside, en el canto y en la esperanza de Dios. Libro severo, a veces ingenuo en sus imprecaciones y acusaciones pero lleno de bondad, por sobre todo ríela, y allí reside el mayor peso calológico del texto, su tremenda fe en la poesía.

(...)

«—¿Quién sino tú  
canta es decir se aleja de la muerte?» (p.18)

Y más adelante agrega,

(...)

«avanzamos en medio de una tormenta parecida al  
rencor  
cantando vagos himnos  
con los ojos alzados a una luz que jamás será nuestra  
cantando  
para olvidarnos de las llagas  
que nos roen por dentro hasta dejarnos sólo  
el hueso donde tal vez empieza el alma  
el hueso mismo de la vida» (p. 21)

(...)

-000-

## LA AMARGURA Y LA CÓLERA

In crescendo, desde sus primeros poemarios, Dionisio Aymará colocando iba versos cargados de reclamos, de inculpaciones, de caldeados señalamientos, contra el destino del hombre, contra la enorme dosis de infortunio y la poquedad de dicha. Y el poeta, heraldo ante el mundo de este penar quedaba a la intemperie, desnudo frente a la ira de la fatalidad, con su único escudo posible encarnado en su palabra llena de amargura y de cólera; su broquel y su rayo para gritarle al rostro de la humanidad como a la primera responsable del dolor carcomiente de sus entrañas, mas también levanta su sontristecida mirada para interrogar con rabia a los Hados, y, finalmente, para probar sus indicaciones el bardo desgarró su cuerpo y muestra su corazón con los estragos del calvario de existir. Culmina el ascenso de esta escrituridad de manera patética en su opúsculo **En última instancia** (1966).

(...)

«En la cara del hombre vengo a verme  
en esta piel donde los siglos  
escriben su elegía  
en este corazón asomado  
al espejo de sus enigmas  
donde un ángel destituido  
rompe sus alas y devora su entraña  
y está cegado de rencor que nada puede»

(«DE QUE MODO ME ASOMBRO»)

Poemario interesante, duro en sus exigencias, contestatario a veces, rebelde con los hombres y con los dioses; lleva poemas de sorprendente belleza como «NUMEROS», «POLVO Y MELANCOLIA», «ARTE POETICA»; pero en todos ellos ese enternecedor y angustiante dejo de cólera nacida de la amargura por el equivocado derrotero de la sociedad y la inutilidad de su mente más lúcida, el poeta, ante ese férreo y despiadado fatum,

(...)

«Por obra y gracia de la noche hay alguien con la frente  
inclinada hacia el duro resplandor de la piedra  
de los muros que en vano  
trataron de sitiar sus ciudades sus puertos  
Por obra y gracia de la noche hay un hombre  
hay muchos hombres con los ojos volados  
con el talón sangrándoles  
con todo el polvo del camino arrojado a su sueño  
a su terrible lucidez de cenizas que piensan  
de barro alucinado todavía en desvelo  
todavía enfrentado a su temor de hallarse solo.

(«POR OBRA Y GRACIA DE LA NOCHE»).

Si **En última instancia** sus inculpaciones sobre el origen de la ruindad humana disparábanse en múltiples direcciones, en un abanico extendido desde la sociedad hasta perderse en el extremo metafísico del insondable destino, en su poema **El testigo** (1966) sus imputaciones aterrizan concretamente en el hombre, cuya insensatez —tal vez no sea esta la palabra más adecuada— lo trae a su permanente estado de miserabilidad en todos los órdenes,

(...)

«y todo porque el hombre tenía demasiada facilidad  
para quedarse ciego a su arbitrio  
para olvidarse de sí mismo  
de su desnudo semejante  
todo porque el hombre olvidaba  
con demasiada facilidad  
la sangre los incendios las grandes devastaciones  
que ocasionaron sus pasiones sus manos  
a lo largo de millares y millares de años»

(**No soy del coro**, 1980. pp. 90-91)

Curiosamente en este texto la elocución poética va montada sobre

un discurso de virtual ensambladura jurídica, el parlamento del testigo de cargo en un juicio criminalístico. Un caso donde la experiencia profesional cotidiana—el abogado Dionisio Aymar—introdúcese en la escritura lírica.

Caería dentro de este enfoque de fustigación ética su libro de sonetos **Todo lo iracundo** (1975) por cuanto muchas de sus composiciones apuntan en ese sentido como «DENUNCIA», «BATAJILLA POR LA LUZ», «NOCHE TOTAL», «ARTE POETICA», «PROTESTAS CONTRA LA GUERRA», «DESVALIDA VERDAD», pero sin embargo la mayoría de las estrofas del libro escapan a esa intención y se orientan hacia deliberaciones sobre el amor, vislumbres autobiográficas, proloquios en torno a la muerte, elegías, San Cristóbal, el pathos cívico y los homenajes.

No destaca el erotismo como uno de los aspectos de relieve en la lírica de Dionisio Aymar. No obstante en esta elocución artística titulada **Todo lo iracundo** el amor nutre los mejores poemas. Sin llegar a los sentimientos desatados del amor-pasión, del amor-deseo, el afecto erótico va presente en «DESLUMBRA-MIENTO», «CERTEZA DEL SUELO», y «NOCTURNO», mas todo expuesto con gran recato más bien cercano a la dilección; las emociones, aunque plenas, asordinadas, como lo podrá observar el lector en estos catorce versos,

«Oye su cuerpo, amor, su cuerpo mío,  
noche y ola, cantar bajo mi tacto.  
Oye su cuerpo interminable, intacto,  
hecho de musgo suave y de rocío.

Oye bajo su piel dorada el río  
ávido del deseo. El puro acto  
de contemplar su cuerpo tibio, exacto,  
ciega todo terreno poderío.

Miro su cuerpo. Huye. Reaparece.  
Nace en el aire. entre las hojas crece.  
En largas ondas llega hasta mi mano.

Oye su cuerpo, amor, su melodía.  
Arena y ola. Beso y agonía.  
Cruza el deseo, amor, hacia el verano».

(«NOCTURNO»)

Otro momento de máximo vigor en su lírica contestataria lo logra Aymaré cuando desenvuelve la paradoja poesía/hombre, ¿cómo éste con su enorme capacidad de destrucción para sus semejantes y su entorno natural, con su innata —la bestia primigenia— o adquirida vocación de maldad puede sin embargo pensar la poesía? Despliega vehemente esta concepción en su larga «ODA EN DESAGRAVIO DE LA POESIA», en la cual el vate invoca un perdón ontológico a la **Poiesis** por hacer germinar ésta la flor más sublime de la creación artística —la poesía— de la misma entraña humana de donde brota el mal.

«Tú la más honda  
tú la más desgarrada  
la más desgarradoramente lúcida  
la más apta  
para hacernos humildes y poderosos  
como el amor  
nos seguiste a lo largo de las edades  
y en ésta  
que nació con la agonía de millones de hombres  
estarás con nosotros  
estarás con nosotros hasta el final».

(«ODA... HASTA EL FINAL»)

Esta rica «ODA»..., integrada por trece secciones subtituladas, forma parte del opúsculo **La ternura y la cólera** (1977), donde los

vívidos y amargos versos no comprenden sino una parte del pequeño libro, sobre todo centran su vigor y rigor en la composición titulada «LA OTRA GENTE», el resto de las trovas arman una poesía más depurada, arremolinadas en la emoción de lo calológico y no en la fábula excesivamente moralizante, o en otras palabras el bardo busca la *delectatio* para no caer en el *taedium*, como diría Heinrich Lausberg en su **Manual de retórica literaria** (Madrid, Gredos, 1976, V. II. p. 50).

## ENCRUCIJADA DE ASPECTOS

Valga la siguiente elucidación: Los diversos aspectos de la escritura de Dionisio Aymaré —cuyos más resaltantes rotúlense como ítems de este pequeño ensayo de crítica literaria— empiezan a fusionarse en un solo grito poético en **Nocturnos de Lázaro** (1986) y **Huésped del asombro** (1987). La noche y el universo arman un anfiteatro donde aparece iluminada la figura de Lázaro. Tórnase ira metafísica cuanto fuera amargura y cólera. Los indicios del mal bucean ahora en la entraña del ser. La desdicha y el infortunio nacidos de aquél constituyen al fin y al cabo, lamentablemente, un patrimonio negativo, inevitable del hombre. Lázaro, con todas sus miserias, retorna de la inescrutable paz nocturnal para de nuevo arrojarse a la siempre prodigiosa —esa mezcla de amargor, furia, dulzura y encanto— magia de la vida; testigo entonces de excepción de la sociedad humana, capaz de alabarla o maldecirla, un no-cómplice en fin y por lo tanto extraño, marginal, para el goce irracional de ésta. Mas todo ello no traduce sino una gran metáfora: el vate asume un papel trascendente, Lázaro. Culmina en él la ascensión dramática del ego lírico, unión de un valor histórico con una actitud existencial para narrar otra vez las andanzas del bardo por el territorio de la contemporaneidad,

(...)

«Déjame recordar.

Soy Lázaro y avanzo desde el fondo de mi tiniebla.

Soy el dolor innumerable del hombre que camina  
entre la destrucción y la esperanza».

(...) («24»).

Sucede igual, como discurso de síntesis, con **Huésped del asombro**; resume el poeta con versos patéticos su percepción de cuanto significó la fascinación del mundo,

(...)  
«Pero nadie podría  
destruir nuestro gozo  
de haber habitado la tierra  
nadie puede abolir este alarido  
este aire que nos hace  
un instante inmortales» ( «19»).

Del orbe nocturnal, traído tantas veces como apoyo semántico, como trasfondo hermoso y plástico de múltiples afirmaciones, se arriesga a conceptualizar su naturaleza,

(...)  
«Así entras en las regiones del enigma  
que nutre con su sangre la noche»  
(... ( «9» ).”

Pero céntrase fundamentalmente este pequeño libro, no de modo exclusivo, en una lírica contestataria, redactada con hondura y con altos quilates de humanidad. No sólo canta a quienes venden su fuerza de trabajo por un miserable salario,

(...)  
«Pequeño héroe callado comandante  
de los oscuros socavones  
(...)  
joven obrero acostumbrado  
a morir cada instante»  
(... ( «5» ).

sino a todos los desheredados de la fortuna, los solitarios, los desamados, los amargos, los derrotados en todos los frentes, a quienes Aymar a ofrece sus estrofas, su asunción solidaria del infortunio.

-000-

## FINAL

Nadie quiere morir del todo, he all  la vanidad más  sea de la condición humana. Algunos hacen, inventan, un conjuro contra el olvido, colocan su señal en la historia. Los poetas escriben sus versos; parte de los mismos, metáfora tras metáfora, perífrasis tras perífrasis, no fabulan otra cosa sino las andanzas del bardo por el azar de su tiempo; el siempre retante universo, la incomprendible sociedad de los hombres —»la tormentosa sociedad de la vida humana» como diría San Agustín (**Confesiones**, Lib. I, cap. VIII)—, los abismos de la existencialidad, o ya el amor y la muerte, ocupan por lo general el resto del espacio poemático. Pues bien, de no otra cosa ha tratado la lírica de Dionisio Aymar a; dieciseis poemarios hasta el presente —1993— recogen un poco de todo ello. Su escritura significa su gesto, no querer morir del todo. Su vanidad, al fin; pero para construir su poesía no quit  a nadie nada, sino por el contrario a todos nos don  sus sentidas composiciones.